Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

51 **Consideraciones teóricas sobre "El secuestro de Aramburu"**



Suplemento especial de
Página|12

LA ILEGALIDAD INSTITUCIONAL

Es hora de que la derecha en la Argentina se haga cargo de una realidad incuestionable. Ya que sigue llenándose la boca con las palabras *democracia, república, instituciones*, tiene que asumir una aberración de la cual es responsable y que ha acarreado enormes males para el país. *Entre el 16 de septiembre de 1955 y el 12 de octubre de 1973 la República Argentina vivió en estado de ilegalidad institucional.* Esta ceguera, esta obstinación, este odio, parecieran a veces no poder explicarse. Uno, que lo ha vivido, acaso se haya acostumbrado al clima de esos tiempos y a esas modalidades. "¿Por qué no puede venir al país Perón?", era algo que no se preguntaba. Todos sabían la respuesta: "Porque los militares no lo dejan". Nadie preguntaba por qué. No hace mucho, sin embargo, vi por televisión al joven ensayista Lucas Lanusse explicar la caída de Frondizi. Y cuando dio el motivo determinante les dijo a los teleespectadores: "Ustedes hoy no lo van a creer. Pero todo fue porque el 18 de marzo de 1962 el peronismo había ganado las elecciones provinciales y eso no podía ser tolerado por el Ejército. Se anularon las elecciones y el día 29 Frondizi es arrestado y enviado a Martín García". Lucas Lanusse tiene razón. Alguien, cualquier joven, aunque sea argentino, al que hoy se le dice algo así no lo puede creer. ¿Qué pasaba? Intentemos explicarle la situación a un extranjero. "Vea, en la Argentina había un partido totalmente mayoritario. Pero su líder no podía volver al país. Ni su nombre podía ser pronunciado. Los militares les cedían el gobierno a algunos civiles que lo aceptaban, transformándose en cómplices. No bien estos civiles otorgaban nuevas elecciones ganaba el partido proscripto. Entonces los militares echaban a patadas a esos civiles y empezaba de nuevo la farsa." Seamos insistentemente claros: obstinadas por excluir al peronismo de la vida institucional, las clases altas mantuvieron al país en situación de ilegalidad durante 18 años. A ver si entienden esto los señores que se adueñan de palabras que han pisoteado. Había otros caminos. En principio, el general Lonardi ya había dicho su célebre "Ni vencedores ni vencidos" no bien triunfó el movimiento sedicioso que encabezaba. Muchos sabían que el camino más racional era el de no proscribir al peronismo. Pero no. La trampa consistió en identificarlo con el nacionalsocialismo y –de este modo– así como los nazis estaban prohibidos en todos los lugares del mundo debía estar prohibido el peronismo en la Argentina. Esta ceguera pudo haber durado dos años, tres. Se eternizó. La Revolución Libertadora se denominó a sí misma (además de "Libertadora") "gobierno provisional". Su nombre completo era: "Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora". No, de ninguna manera. Seamos, otra vez, contundentemente claros: la "Revolución Libertadora" no sólo no fue un "gobierno provisional" sino que gobernó el país durante 18 años. ¿Está claro? *Tuvimos 18 años de "Revolución Libertadora".* Todo se hizo según la ideología de la Revolución Libertadora. Si Aramburu fue quien desplazó a Lonardi para implantar el feroz antiperonismo que se adueñó largamente del país, su determinación de desperonizarlo se mantuvo inalterable. Ya sea para desperonizarlo como para evitar que se peronice. El Decreto 4161 nunca se derogó. Siempre estuvo vigente. La Argentina vivió 18 años bajo el imperio de ese decreto. Se pudo nombrar a Perón, de acuerdo. Pero el peronismo no podía ingresar al ámbito institucional. Si lo esencial del Decreto 4161 era expulsar al peronismo de la polis ese decreto duró 18 años. Además, el repugnante escamoteo del cadáver de Eva Perón se mantuvo inalterable. Todo esto lo determinaba el odio y el miedo. Evita en el país los hacía temblar. Las masas acudirían a cualquier lugar en que la enterraran y sería imposible contenerlas. Las masas –a esta altura de la Guerra Fría, de la Doctrina de la Seguridad Nacional– no sólo eran el peligro del "peronismo" sino el del camino al comunismo, ya que las masas para las clases altas y los militares son sinónimo de marxismo, de disolución, de peligro. ¿Hay alguna autocrítica por esto? ¿Alguien ha pensado la violencia extrema que esto implicaba? Si José Claudio Escribano quiere creer que con la muerte de Aramburu "se abrió formalmente un largo período de violencia en la Argentina" puede creerlo. Pero está equivocado o miente o elabora el esquema ideológico que le permitirá defender los intereses que defiende. *La muerte de Aramburu no inaugura el período de violencia en la Argentina.* Lo inaugura, suponiendo que la violencia se inaugura en algún momento en lugar de haber estado siempre presente, el bombardeo de 1955. Pero sobre todo: es la violencia institucional la que arroja a la juventud a la violencia. También a los obreros, a los sindicalistas, a los hombres del Cordobazo, del Rosariazo, del Mendozazo. ¿Cómo es posible pretender amordazar a un país por 18 años y que algo no estalle? ¿Cómo pudieron ser tan torpes, tan brutos, cómo pudieron odiar tanto, temer tanto, perseguir tanto? El Sistema de Exclusión del Peronismo (SEP) buscó mantenerse a cualquier precio. Se burló de todos y de todo. Tuvo miles de responsables. *Todos son cómplices.* Los que hicieron la Junta Coordinadora. Los que hicieron la Reforma Constitucional. Los "partidos del comisario" como la Unión Cívica Radical del Pueblo de Balbín. Alfredo Palacios y su porte de patriarca socialista. *Todos los protagonistas del SEP son cómplices de la tragedia a que se llegó. Ellos crearon la violencia.* Que yo sepa (y alguna vez hay que reconocerle algo a Sabato) fue Ernesto Sabato el único que denunció las torturas de la Libertadora. Todos los demás fueron cómplices del error demencial de la oligarquía terrateniente, del Ejército, de los grupos financieros que se fueron consolidando con la entrada del Fondo Monetario Internacional y la Iglesia. Básicamente los sectores que el tosco, torpe, pero sincero Roulet (dirigente agrario) señaló como los baluartes que en la Escuela le dijeron habían hecho el país. "Mi maestra me dijo que el país lo hicieron la Iglesia, el Ejército y el campo." ¡Claro que sí! Eso se dice en la Escuela. Esa *es* la educación argentina. Eso se nos ha enseñado autoritariamente a todos. Una doctrina que atribuye la creación del "maravilloso" país en que vivimos a sus sectores dominantes. Esa educación –que tan abierta e ingenuamente enuncia el señor Roulet– es el resultado de un hecho de poder. Es la educación de los ganadores de las guerras civiles del siglo XIX. Todos creen que es "nuestra" educación. No lo es. Es la educación que diseñaron las clases altas para educarnos a todos según sus valores. *Si **La razón de mi vida** es un hecho educacional deleznable, no lo es más que la educación impuesta por la oligarquía.* ¿Por qué he tenido que leer *Juvenilia*, el libro de un tipo miserable como Miguel Cané que era un racista y que redactó la Ley de Residencia (para terror de los inmigrantes) a la que llamó "deliciosa ley de expulsión"? ¿Dónde estaría hoy Miguel Cané? Estaría en alguna de esas radios repulsivas que hablan del peligro de los inmigrantes, a los que llaman bolitas, brasucas, chilotes, yoruguas. Cané no es mejor que el señor Hadad y su equipo de xenófobos. Era, desde luego, un xenófobo. ¿Por qué tuvimos que leer ese libro? Porque narraba la educación de los jóvenes de las clases altas en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Hasta los chicos de las provincias más empobrecidas tuvieron que enterarse de cómo se habían educado los señoritos de Buenos Aires, los que formarían la Generación del '80, "la que hizo el país".

"JÓVENES BIENINTENCIONADOS"

Volvamos a la época del SEP. ¿Qué pretendía el país que iba a surgir de ese amordazamiento? ¿Por qué nadie pidió que se institucionalizara en serio el país? ¿Por qué no lo pidieron los iluminados de *Primera Plana*? Porque eran estúpidamente gorilas. Incapaces de ver que detrás de toda esa rusticidad que a ellos les repugnaba del peronismo había un pueblo, el pueblo pobre, que genuinamente esperaba a Perón. ¿Por qué la izquierda no pidió el blanqueo inmediato de la situación institucional? Porque también se había comido el verso del fascismo de Perón. Más aún: había sido central en su creación. Aun cuando Perón fuese fascista había que permitirle volver. ¿Cuántos fascistas había en la Argentina de los sesenta? ¿Cuántos hubo entre 1955 y 1973? ¿Por qué no los expulsaron a todos? ¿Onganía no era fascista? ¿Por qué se toleraban las dictaduras? ¿Por qué se aplaudió el golpe de Onganía? Bueno, señores: en medio de ese país ilegal, tramposo, dictatorial, prohibitivo, cavernícola, lleno de odio, idiotamente gorila, anticomunista según los valores de la Escuela de las Américas, o "marxista" y gorila como lo eran todas las revistas de nuestra elegante y culta izquierda que seguían la línea de *La Vanguardia* y veían en el peronismo a una manada de monos con navaja, en ese país de la revista *Sur*, en ese país que Onganía consagró a la Virgen, *en ese país aparecieron los "montoneros".* Secuestraron al tipo más lúcido en medio de esa caterva de descerebrados. Al que había entendido la única posibilidad que el país tenía para salir antes de hundirse en un baño de sangre. Terminar con el SEP. Reemplazar al Sistema de Exclusión del Peronismo por el Sistema de Inclusión del Peronismo. Al SEP por el SIP. Ese tipo era Aramburu. Firmenich cuenta que entre sus ropas, luego de matarlo, encontraron unos escritos. Lo dice en el célebre artículo que publica en 1974 en *La causa peronista*. Dice: "Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada". ¡Jóvenes peronistas bien intencionados! Están a punto de matarlo y dice que sus intenciones son buenas. Uno no sabe si esto es cierto. Lo cuenta Firmenich. Arrostito, que figura en el reportaje, niega luego esa participación. O sea, el que habla todo el tiempo es Firmenich. Hay algo notable. Aramburu sale de esa historia muy digno. Hasta uno se sorprende: ¿Tan inteligente era? ¿Tan tranquilo estuvo ante la muerte? Puede ser. Pero si dijo lo que Firmenich dijo que dijo. Si dijo: a) "Jóvenes peronistas bien intencionados"; b) "Pero equivocados"; c) Y si dijo que el país debía tener una salida institucional o todo el peronismo se volcaría a la lucha armada, esto bastaba para diferenciar a Aramburu de toda la Argentina Gorila. De aquí que se postulen tantas teorías sobre su muerte. En un país de imbéciles, ¿cómo no van a querer asesinar a un tipo inteligente? ¿Quién lo mató? Sin duda, los Montoneros. Pero habrían deseado hacerlo muchos otros. ¿Y si los Montoneros no lo hubieran matado? ¿Y si Aramburu lograba su salida institucional en diálogo con Perón? ¿Perón habría aceptado o sólo quería volver como "frutilla de la torta", según me han dicho? Teniendo en cuenta lo horriblemente mal que salió todo, el costo altísimo en vidas humanas que tuvo, la sangre que corrió incontenible, el GAN de Aramburu y Perón, de darse, habría frenado la matanza. Perón volvía más joven. Aún la guerrilla no se había desarrollado tanto. La juventud

tampoco. En 1970 no querían el socialismo "para hoy". Todo habría sido distinto. Mas, ¿quién puede saberlo? ¿Podría haber conseguido Aramburu –por medio de sus pactos con Perón y el Ejército–- una salida electoral para 1971? De haber sido así se habrían ahorrado miles, decenas de miles de muertes atroces. La historia NO es tal como sucedió. Siempre pudo ser de otro modo. Pero la torpeza gorila, el odio de clase, los militares y los empresarios y la Iglesia y los grandes medios de comunicación gestaron un país que sólo dio espacio para un grito de furia, un gesto extremo de rebeldía. Sólo dio espacio para el sótano de Timote.

No más que algunas pequeñas notas en torno de la "verosimilitud" de la nouvelle. Llamamos nouvelle a una novela breve, que se desarrolla como una novela, que incorpora sus leyes y se aleja del cuento en la medida en que tiene pocas de sus características. Si el cuento recurre al recorte de una situación, o a una trama que no se resuelve o aun que no existe, o a la habitual sorpresa final *(el abuelo juntó kerosene durante un mes para quemarnos a todos, sus familiares, nosotros, apareció un día, nos vació un bidón encima y nos arrojó un fósforo, pero el abuelo estaba muy viejo, medio idiota ya, y no juntó kerosene, sino agua, cuando arrojó el fósforo todos reímos, todos lo humillamos, entonces enfureció, sacó un revólver que ignoro dónde habría conseguido y nos llenó de balas en tanto carcajeaba demoníacamente con su boca desdentada, abuelo hijo de puta, quise decirle, pero no pude, ya estaba muerto)*, que tiene mil formas posibles *(una mujer visita a un fotógrafo. "Sáqueme hermosa", le dice, "atrape con su cámara el azul calmo de mis ojos, la tersura de mi piel, mis pezones rosados que ahora le muestro, ¿los ve?, ¿alguna vez vio algo así?, ¿quiere ver el misterio de mi ombligo?, ¿la magia de mi vello púbico?, ¿apresará el rojo sangre de mis labios?, ¿mis piernas largas, bien torneadas, perfectas? Espere, ahora se las muestro, apuesto a que nunca vio nada igual", el fotógrafo, harto, seco, hirientemente, dice: "oiga, abuela, si quiere que saque la foto, quédese quieta, quiere")*, el cuento de la *sorpresa final* es el más clásico, los dos que narré, arreglados por mí, son de Humberto Costantini; *La noche boca arriba* de Cortázar es también un ejemplo del cuento sorpresa. Pero la nouvelle no busca la sorpresa. Busca una condensación de los hechos. Una economía de las palabras. Decirlo todo en una extensión moderada. Acaso golpear, sí, pero por su brevedad. Esa brevedad le da contundencia al relato. El lector *tiene* que decir: "Me la devoré". *Timote* apuesta a eso. La escritura es breve. Frases cortas. Los adjetivos necesarios, pero no escatimados. Apenas señalar algunos rasgos físicos de los personajes. Los otros, que los ponga el lector.

El relato parte del secuestro de Aramburu. La ausencia de custodia lleva a la tesis de una colaboración de los Montoneros con Onganía. Es un disparate y está fundada en las hipótesis de dos personajes poco creíbles. Son dos loquitos de la Libertadora, que estuvo llena de loquitos. Uno es Aldo Luis Molinari, capitán de navío, subjefe de la Policía Federal que asumió la investigación de la Quema de Templos, Quema de la Bandera, Torturas y ¡el caso Duarte! Molinari publica *Aramburu, la verdad sobre su muerte*, un mamarracho que buscaba unir a los servicios de inteligencia de Onganía con los Montoneros. El otro es más loco, mucho más y más pintoresco. Es el famoso "Capitán Gandhi". Decía llamarse Próspero Germán Fernández Alvariño. Cuando, junto con Héctor Olivera, hice el guión del film *Ay Juancito*, basado en la vida de Juan Duarte, me di de narices con este personaje. Vivía obsesionado por demostrar que Juan Duarte, lejos de haberse suicidado, había sido enviado a los cielos o al infierno por los sicarios de Perón. Para hacerlo no tiene mejor idea que desenterrar el cadáver, cortarle la cabeza y pasearse con ella por la Jefatura de Policía. Según informaciones que hemos recogido solía aparecerse por el Congreso Nacional para exhibir su trofeo. Un día lo llama a Cámpora, amigo de Duarte, y pone ante él una bandeja de plata con algo sobre ella pudorosamente cubierto por una enorme servilleta. "A ver, Camporita, si recordás esta cara." Saca la tela y vemos la cabeza semiputrefacta de Juan Duarte. El Capitán Gandhi introduce un lápiz en un agujero de la calavera. "Este agujero, ¿se lo hicieron ustedes o él?" Cámpora apenas si puede hablar, pero Gandhi insiste: "Vamos, che, largá. ¿Lo suicidaron ustedes?" Cámpora se pone de pie y con firmeza dice: "Juancito era mi amigo. Se suicidó. Era el hermano de Evita. Nadie se habría atrevido a matarlo". Este paranoico, este débil mental se encarga de investigar la muerte de Aramburu. Y elabora la teoría de la colaboración entre Onganía, Imaz y los Montoneros. Existe un excelente trabajo de Ernesto Salas, en la revista *Lucha Armada*, que da por tierra con estas patrañas: "El falso enigma del 'Caso Aramburu'", año 1, Nº 2.



"LAS PAGÓ, JORGE"

Despejada esta cuestión nos concentramos en el viaje a Timote. Lo han planeado bien. Van por un camino más largo pero más seguro. Bonasso dice que le meten cloroformo. Pero no parece probable. Aramburu, desde el inicio, se porta como un caballero. Durante el viaje casi no hay diálogos. Llegan a Timote. Aquí, un inconveniente inesperado. Don Acébal, el capataz. He insistido en este personaje y acaso si emprendo una novela aparte de este ensayo lo haga más. Acébal, el capataz, es el hombre fiel. En toda estancia hay un Acébal. Ramus sabe cómo tratarlo. Firmenich se le acerca también. Ramus se lo tiene que quitar de encima. Le dice que se vaya al pueblo. Le da unos pesos. Más de los habituales. Acébal se sorprende. Tómese unos buenos tragos, Acébal. Podría haberle dicho: Quédese unos días por el pueblo. Fermín, el dueño del almacén, es su amigo, ¿no? Acébal asiente: claro que sí. Aquí tuve una tentación. Que Ramus o Firmenich, más osado, caradura, le sugiera que se busque una hembra. Pero creo que Acébal se habría ofendido. ¿Una hembra? Si hoy es viernes, Carlitos. Porque Acébal, a Ramus, lo tutea. Y le dice Carlitos porque lo conoce de pibe. Eso es así. Son las leyes de las estancias. ¿Cómo va a andar Acébal con una hembra en día viernes, que es laborable? Firmenich insiste: ellos tienen una reunión especial. No lo van a necesitar. Acébal se va. Hay, en el relato, una anotación: el único personaje realmente popular es expulsado de inmediato de la trama.

Entran. Le dicen que lo han secuestrado para someterlo a un Juicio Revolucionario. Por la muerte de Valle y los militantes populares. Por el escamoteo del cadáver de Eva.

Aquí, es el momento de plantearlo con toda crudeza, queremos responder a este interrogante. ¿La muerte de Aramburu fue un asesinato? Si lo fue, no fue un acto de la Justicia Popular, como sostienen los Montoneros y como sostuvo toda la militancia de la izquierda peronista. Fue un asesinato político. ¿Representaban los Montoneros al pueblo peronista? ¿Actuaban legítimamente en su nombre o no? Si no, fue un asesinato. Ahora analicemos la otra cara. ¿Recogían los Montoneros una corriente interna de la historia, un deseo del pueblo que se expresaba soterradamente pero no era por eso menos real? ¿Se encarnaron en él *expresándolo*? ¿Quería el pueblo la muerte de Aramburu? Si es así, tomaron una causa que latía en los socavones de la historia, la encarnaron y ejecutaron un acto justiciero, el acto que todo un pueblo deseaba. Lo realizaron además en medio de un régimen ilegal, ilegítimo, en medio de una dictadura represiva. Esto torna tan compleja la muerte de Aramburu. Lo de Rucci es un asesinato. Nadie quería la muerte de Rucci. Y muere en medio de una democracia. A dos días del triunfo aplastante de Perón en elecciones democráticas. Esto es fácil: asesinato y punto. Pero con Aramburu hay demasiados elementos en juego. Yo estoy en contra de la pena de muerte. Matar es malo. Pero el hombre mata desde el principio de los tiempos y sigue matando. No puedo atarme a un ideal y no ver la realidad. Que Aramburu SE GANÓ la muerte, de esto no caben dudas. Esto no quiere decir que debía o merecía morir. Sólo que hizo todo lo necesario para ponerse en la línea de fuego de los vengadores. Había despertado demasiados odios. Para colmo, su proyecto político de mediador lo ubica entre dos fuegos, en pleno fuego cruzado. No hay lugar más peligroso que el de los conciliadores. Si los bandos no quieren conciliarse, los conciliadores fastidian, estorban, están de más. Hay que matarlos. Hasta en esa encrucijada se había puesto Aramburu. *No había dejado una por hacer.*

Cuando lo matan, Jorge Antonio lo llama a Perón a Puerta de Hierro y le da la noticia. Seco, frío, duramente, Perón dice: "Las pagó, Jorge". ¡Qué frase para una lápida!

Las posiciones de cada uno de los sujetos actuantes en la tragedia están expuestas en el relato. Fernando Abal le dice a su prisionero que él y la Argentina Gorila lo han hecho ser lo que es. Ustedes me inventaron. Soy lo que ustedes me hicieron ser. Esto es irrefutable. Hay, para validar el acto de Fernando, dos elementos centrales: esa generación *fue arrojada a la violencia* por la necedad del Estado Gorila, el que fundó Aramburu. La empecinada desperonización es Aramburu quien la inicia, para eso lo echó a Lonardi.

Su firma es la primera que aparece en el Decreto 4161. Cada uno es responsable de lo que hace. Y si el Monstruo del doctor Frankenstein se vuelve contra él y lo mata no es del Monstruo la culpa, sino del doctor alucinado que lo creó. El error, la ceguera, el odio clasista y racista del Estado Gorila es inaudito. ¿Qué podía surgir de ahí? La Argentina del Decreto 4161 se prolonga demasiado. ¡Prohibirle al candidato peronista asumir una gobernación que había ganado en libre juego democrático! Pero, ¿qué creían ser estos militares y los civiles que los apoyaban? Los dueños del país, desde luego. El peronismo había sido una derrota que castigarían severamente y que jamás volverían a padecer. Acaso deban pensar en esto los militantes de la izquierda. Por decirlo claramente, podemos decir mil cosas del peronismo y de Perón y de Evita, pero, por la conducta que asumieron las clases altas, la Iglesia y el Ejército, pareciera que *nadie* en nuestra historia les metió más hondamente un dedo en el culo que ellos. Y no nos vamos a arrepentir de esta expresión. Es nuestra. Pertenece a nuestra modalidad de habla y es impecablemente expresiva. El dedo en el culo es el dedo no querido. Es el dedo que agrede, que injuria, que viola. El primer peronismo es el único Gobierno de nuestra historia que mete ese dedo en el culo de la oligarquía. Tal vez, un poco, Rosas. Pero con menos determinación, con menos lucidez, por pura picardía de gaucho malo y rebelde. El peronismo los molestó mucho. No tanto como pedía Milcíades Peña, es cierto. Pero no sé si lo que pedía Milcíades habría sido posible. No se intentó y nunca lo vamos a saber. Sin embargo, la ofensa tuvo que ser muy grande para generar tanto odio. La injuria tuvo olor a pata de morochos insolentes, llevó a los cabecitas hacia la falta de sumisión a los patrones, les hizo alzar la cabeza. Hubo una violación de las reglas elementales a que la oligarquía estaba acostumbrada. El peronismo era grasa. Era ignorante. Era la zapatilla contra el libro. Por eso la FUBA se unió a la Argentina oligarca. Los comunistas de los teatros independientes. Sólo vieron la relación entre un coronel fascista y una manga de negros que no sabían nada. Brutos, ignorantes, manipulables "obreros sin experiencia sindical anterior". Y el mal gusto. Y la Yegua, la Puta, la Trepadora.

EVITA, EL CHE Y HOLLYWOOD

Ahora Hollywood hace una película sobre el Che. La de Benicio del Toro. ¿Por qué los yankis aceptan al Che y escupen sobre Evita? Porque el Che es un muchacho de buena familia. Un pibe urbano. Es hombre, no es mujer. No tiene un pasado sórdido. Si cogió, es un hombre y nada más natural ni estimulante que un hombre coja. Eso lo hace un macho. Si Evita cogió, es una puta. Si cogió para trepar, peor todavía. Es una mujer. Mujer que coge, mujer puta. Era populista y no marxista. El Che tiene tras de sí *Das Kapital*. Evita, los folletines baratos que se leían en las provincias hacia 1930. El Che se llama Guevara de la Serna. Tiene una familia. Es hijo legítimo. Tiene padre, madre. Es culto. Ha estudiado. Conoce la Universidad. Jugó al rugby. Evita es una bastarda. Hija ilegítima de un viajante de comercio pobretón. Se dice que en la casa de su madre funcionaba un burdel. Se rajó de Junín porque se acostó con el cantante Magaldi, apenas a los dieciséis años. El Che recorrió en moto América latina. Se emocionó en los leprosarios como el mismísimo profeta de Nazareth. Evita agredió, para trepar, a la lustrosa oligarquía argentina. El Che derrotó a un tirano sangriento, a un sargento bruto y bastante negrazo. Si le pulimos la ideología, si atenuamos sus rasgos antiimperialistas haremos de él lo que queremos hacer: un héroe, el símbolo del aventurero, del idealista. Total, ya no jode a nadie. A Evita que la haga Faye Dunaway, que aparezca bastante desnuda en el afiche y con una gorra militar en la cabeza. Se la sacó, para juguetear, al teniente o al coronel con el que se acostó esa noche. Que la haga Madonna, que da puta, que da loca, que canta y se pone la mano entre las piernas. ¿Por qué esta diferencia? ¿Por qué el imperialismo se traga al marxista Guevara y escupe sobre la populista Eva? Por lo dicho. Evita es el insulto, la agresión, la falta de respeto. Porque Evita es el Otro. El Che es de la misma estirpe. Porque el Che es un muchacho de clase alta, de linaje, educado. Evita es una rea, una bastarda y una trepadora que usa el sexo para su incesante ambición. Cada polvo, un escalón más. El Che muere en la lucha, agotándose, es el asma el que lo agota. Se lo ve en el piletón de Vallegrande, con los ojos abiertos, como si aún viviera, como si nunca fuera a morir porque es inmortal. Evita muere de cáncer y el cáncer lo tiene entre las piernas. Todo es sucio en ella, hasta eso. Evita les faltó el respeto. Más que el Che. Le añadió al odio el mal gusto y la bastardia y la mala vida.

Inaugura, ese primer peronismo, algo que no cesa. Que crece. Que no se puede frenar. El maldito país no se desperoniza. Perón maneja todo desde Madrid. No le van a dar nada. No van a tolerar que se venga con la nueva puta con que se juntó, esa cabaretera. Porque el tipo es un enfermo. Elige, como compañeras, a prostitutas. No puede volver. Además, ¿quiénes lo reclaman? Los negros. Que se jodan. Para eso son negros, son brutos, son ignorantes. No entienden nada. El demagogo les dio un par de cosas y lo han hecho un dios. De modo que dictaduras o gobiernos títeres. Y el que busque negociar con el tirano se va. Y ponemos a otro. Y al final nos ponemos nosotros. Pero la peste no cede. De pronto aparecen estos pibes. Chicos de nuestra clase. Católicos, cultos, educados. ¡Y son peronistas! ¿Cómo es posible? ¿No entienden que es por ellos que hacemos lo que hacemos? ¿Que queremos darles un país limpio, gobernado por doctores, por gente bien, por gente educada, blanca, no por negros de mierda, no por los sucios demagogos que los cortejan, que los conquistan porque los negros son brutos y cualquiera que les da un par de zapatos los tiene con él?

¿QUIÉN DELEGÓ EN USTEDES LA JUSTICIA POPULAR?

En ese país mentiroso, autoritario, antidemocrático, en ese país que prohibía películas, libros, todo lo que irritara a la Iglesia católica y a los grupos inquisitoriales católicos del poder, en ese país de militares, de cárceles, de persecuciones, de prohibiciones, creció Fernando Abal Medina. "Yo puedo contarte cosas abominables de Perón", le dice Aramburu. "Yo crecí escuchando cosas abominables de Perón", le dice Abal. Hacían exposiciones de autos suntuosos. De pieles suntuosas. De joyas faraónicas. Y decían: "Pertenecieron a Perón y a Evita". "Soy lo que ustedes hicieron de mí", dice Fernando Abal. "Soy el fruto perfecto de la Argentina Gorila. Ustedes me inventaron. Ahora, jódanse." Aramburu entiende que le salió el tiro por la culata. Que su odio hizo de Perón un dios. Ahora es tarde. Estos muchachos saben lo que piensa el pueblo. Lo que piensa de Aramburu. Saben que lo odia. Saben que ha llegado el momento de llevar la lucha a los extremos. Porque no queda otra. Porque en América latina es la hora de la lucha armada. Del foco guevarista. De la guerrilla urbana. De todo lo que inauguró la Revolución Cubana. La idea de matar, en 1970, le era accesible a todo militante. La militancia era parte de una guerra. Era la guerra del pueblo para traer a su líder. La consigna *Perón vuelve* animaba todas las acciones. Les daba vida. Les otorgaba un sentido. Sólo eso hacía falta. "¿Vos por qué arriesgás tu vida? ¿Por el socialismo, por el comunismo, por la destrucción anarquista del Estado, por una verdadera democracia?" "No me jodas. Yo quiero traerlo a Perón. Como todos. Queremos que Perón vuelva. Después vemos." Pocas consignas tuvieron tanta fuerza, tanto poder de unidad y, a la vez, tanta simpleza. "Perón Vuelve." Si para las elecciones del '46, el poeta popular Zoilo Laguna decía "Sin asco a darle cruzao/ que en esta patria el destino/ ya tiene un nombre argentino/ ¡Perón y asunto arreglao!" El "Perón Vuelve" lo resumía todo. Vuelve Perón... y asunto arreglao.

Hay otra cuestión. Y la plantea Aramburu: ¿quién delegó en ustedes la justicia popular? ¿Por qué creen que encarnan la voluntad del pueblo? ¿Hicieron alguna asamblea? ¿Por qué creen pertenecer al pueblo si son apenas unos cuantos chicos católicos de buenas familias? Ningún revolucionario ha pertenecido a la clase por la que luchó. Las vanguardias lo son porque sus integrantes van más allá que el pueblo. A veces *demasiado*. A veces creen interpretar al pueblo y se equivocan. A veces giran en el vacío y dicen representar a un pueblo que no está o que los desconoce. Pero Fernando Abal sabe que el pueblo peronista odia a Aramburu. Pero, ¿quiere matarlo? La clase media argentina se caracteriza por una frase terrible. Siempre que ve algo que le disgusta (pongamos: una manifestación del orgullo gay) dice esa frase: "Hay que matarlos a todos". También lo dijo de los "subversivos", muchos de los cuales pertenecían a su propia clase. Volvamos: ¿habría querido el pueblo peronista matar a Aramburu? ¿No hemos visto que es un pueblo pacífico, el pueblo del Welfare State? Hay una respuesta. La respuesta está en lo que hicieron al enterarse de la noticia: festejaron, bailaron, rieron, bebieron, fueron felices. El pueblo peronista no festejaba la *venganza* por lo de Valle. Esto había quedado atrás, en el olvido. Simplemente odiaban a Aramburu y sabían que era quien había derrocado y expulsado a Perón. La situación es compleja. Los Montoneros se montan sobre el odio genuino de las clases populares. Pero, ¿era ésa la única forma de castigar a Aramburu? ¿Matarlo en un sótano a menos de un metro de distancia? Pronto se estrenará el film de César D'Angiolillo *Gaby, la montonera*. Por primera vez, veladamente, con mucha cautela, a través de un ventanal, se ve la ejecución de Aramburu. Es dura de ver. Un hombre joven eleva una pistola y, a menos de un metro, le dispara a quemarropa un balazo a un hombre de edad, que cae de inmediato. Un amigo que veía conmigo el film dijo: "Si eso no es un asesinato...". Se parece a la famosa foto en que un teniente de Saigón hace fuego apuntando a la cabeza de un vietcong, que cierra los ojos y ya está muerto en el momento en que la foto se toma. Otro dijo: "Qué pelotas tenía ese pibe, eh". Otro: "Eso no es justicia popular. ¿Quién les había delegado la justicia popular?" Otro dijo algo patético y tristemente gracioso: "¿Y qué querés que hicieran? ¿Qué recorrieran los barrios y las villas preguntando en cada casa: 'Perdón, señora, usted quiere o no quiere que matemos a Aramburu?'".

Al final de este trabajo trataré de esbozar una teoría de la violencia. Yo detesto la violencia. Desde pibe. En mi barrio vivíamos agarrándonos a las piñas. Yo aceptaba eso como un modo de pertenecer al grupo barrial, de no quedarme solo. Porque después jugábamos al fútbol o íbamos al cine. Pero ya odiaba la violencia. Y odiaba sentirla en mí. Todos llevamos dentro a la violencia. Nadie puede decir si será capaz o no de matar a otro. Nadie. Dependerá siempre de las circunstancias. Asomarse a la propia violencia es un ejercicio temible. Aterra imaginar lo que podríamos ser capaces de hacer.

Años después, cuando revientan la lancha de Villar (el sanguinario policía que Perón pone al frente de la Federal) los Montos pintan: "Villar, justicia popular". No es lo mismo. Eso es un asesinato planeado con un talento en el que se ve la mano del Profesor Neurus, de Walsh. O no: sólo lo supongo. Pero lo de Aramburu es distinto. Como sea, debo decir que todo acto que implique matar a un ser humano es un asesinato. Que los Montoneros no tenían nada que ver con la clase social cuya justicia dicen asumir. Que esto no importa. Ni Rosa Luxemburgo, ni Lenin, ni Trotsky, ni Marx y mucho menos Engels eran proletarios. Que los Montoneros se montan sobre un largo proceso histórico que Aramburu había iniciado y que acabó devorándoselo. Que podría defender con mil argumentos que la muerte de Rucci fue un alevoso asesinato. Que no tengo tantos argumentos con Aramburu. Que tengo más comprensión por esos muchachos arrojados a la violencia por el régimen de la Argentina autoritaria que por los que siguieron con la violencia luego del 11 de marzo. De éstos, nada. Todo lo que se haya hecho después de esa fecha fue ilegal, antipopular. Que es tan complejo el caso Aramburu que puedo y debo decir que fue un asesinato y puedo y debo decir que fue un acto de violencia largamente trabajado por la historia. Que no tengo una respuesta contundente. Que no puedo tenerla porque el hecho está supremamente sobredeterminado. Que sé que esa muerte, la de Aramburu, es el disparador de la furia vengativa de los militares procesistas. Que, en ese sentido, la detesto por el mal que causó. Que la violencia fue trágica en la Argentina. Que ese camino sólo llevó a justificar la masacre del Proceso y no consiguió nada importante. Que costó demasiado. Que su precio fue altísimo. Desde este punto de vista, no tengo dudas: ojalá Fernando Abal Medina no hubiese hecho fuego en el escueto sótano de la estancia La Celma, en Timote.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Las dos vertientes de la Juventud Peronista